



La granizada

Sobre el repicado cinc del cobertizo,
Y el patio que, densa, la siesta calcina,
En el turbio vértigo de la ventolina
Ríen los sonoros dientes del granizo.

Ríen y se comen la viña y la huerta,
Rechiflan el vidrio que frágil tiritó,
Y escupen chisquetas de saltada espuma
Por algún medroso resquicio de puerta.

Junto al marco rústico, donde pía en vano,
Refúgiase un pollo largo y escurrido.
Volcado en el suelo yace un pobre nido.
En el agua boyá la flor del manzano.

Con frescor de páramo el clubasco azota.
Cenizas de estano la nube condensa.
Y al lugubre fondo de la pampa inmensa,
Desgrenados sauces huyen en derrota.

Leopoldo Lugones.

Canción de mujer

Lloré, lloré mucho tiempo
sin saber por qué.
Cuando lo supe, muy bajo más tiempo
lloré.

Sonréi luego, en claro
día de primavera.
Y le dije: «te espero».
Mas no era él, no era.

Entonces, muy bajo, más tiempo
lloré.
Lloré, lloré mucho tiempo
sin saber por qué.

Georges Tournox.

Oliveretto de Fermo

(Del tiempo de los Médicis)

Fué valiente, fué hermoso, fué artista,
Inspiró amor, terror y respeto.

En pintarle gladiando desnudo
ilustró su pincel Tintoretto.

Machiavelli nos narra su historia
de asesino galante y discreto.

César Borgia lo ahorcó en Sinigaglia.
... Dejó un cuadro, un puñal y un soneto.

Manuel Machado.

Intima

Tú no oprimas mis manos. Llegará el duradero
tiempo de reposar con mucho polvo
sin sombra en los entrecruzados dedos,

Y dirías: «No puedo
amarla, porque ya se han desgranado
como meses sus dedos».

Tú no beses mi boca.
Vendrá el instante lleno
de luz menguada, en que esclaré sin labios
sobre un mojado suelo.

Y dirías: «La amé, pero no puedo
amarla más, ahora que no aspira
el olor de retamas de mi beso».

No me toques, por tanto. Mentiría
al decir que te entrego
mi amor en estos brazos extendidos,
en mi boca, en mi cuello,
y tú, al creer que lo bebiste todo
te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es sólo esta gavilla
reacia y fatigada de mi cuerpo
que tiembla entera al toque del cilicio
y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio,
lo que amengua la voz, y no es el pecho:
¡es un viento de Dios que pasa hendiéndome
el gajo de las carnes, volandero!

Gabriela Mistral.

Vía láctea

Lejos de tí, si escucho por ventura
tu nombre — que una boca indiferente
entre otros nombres de mujer murmura,
— mis ojos se humedecen de repente.

Como esos desterrados que tortura
la dulce imagen de la patria ausente
y la lengua natal, limpida y pura,
oyen hablada por extraña gente.

Tu nombre guarda para mí perfume
de una patria distante y adorada
cuya ardiente nostalgia nos consume;
y oírle es ver las claras primaveras
y la luz de la tierra embalsamada
donde, en jardines lúricos, me esperas

Eduardo Castillo.